

EL PRIMER VIAJE

Caminando por los Senderos del Desierto



Paula Ugalde Vásquez

EL PRIMER VIAJE

Caminando por los Senderos del Desierto

Paula Ugalde Vásquez



El Primer Viaje. Caminando por los Senderos del Desierto

Registro de propiedad intelectual
Inscripción N° 257928
ISBN: 978-956-362-198-3

© Paula Ugalde Vásquez

Editores:
Thibault Saintenoy
Magdalena García

Ilustraciones:
Suyín Chang Chong

Diseño y diagramación:
Paola Salgado Urrea

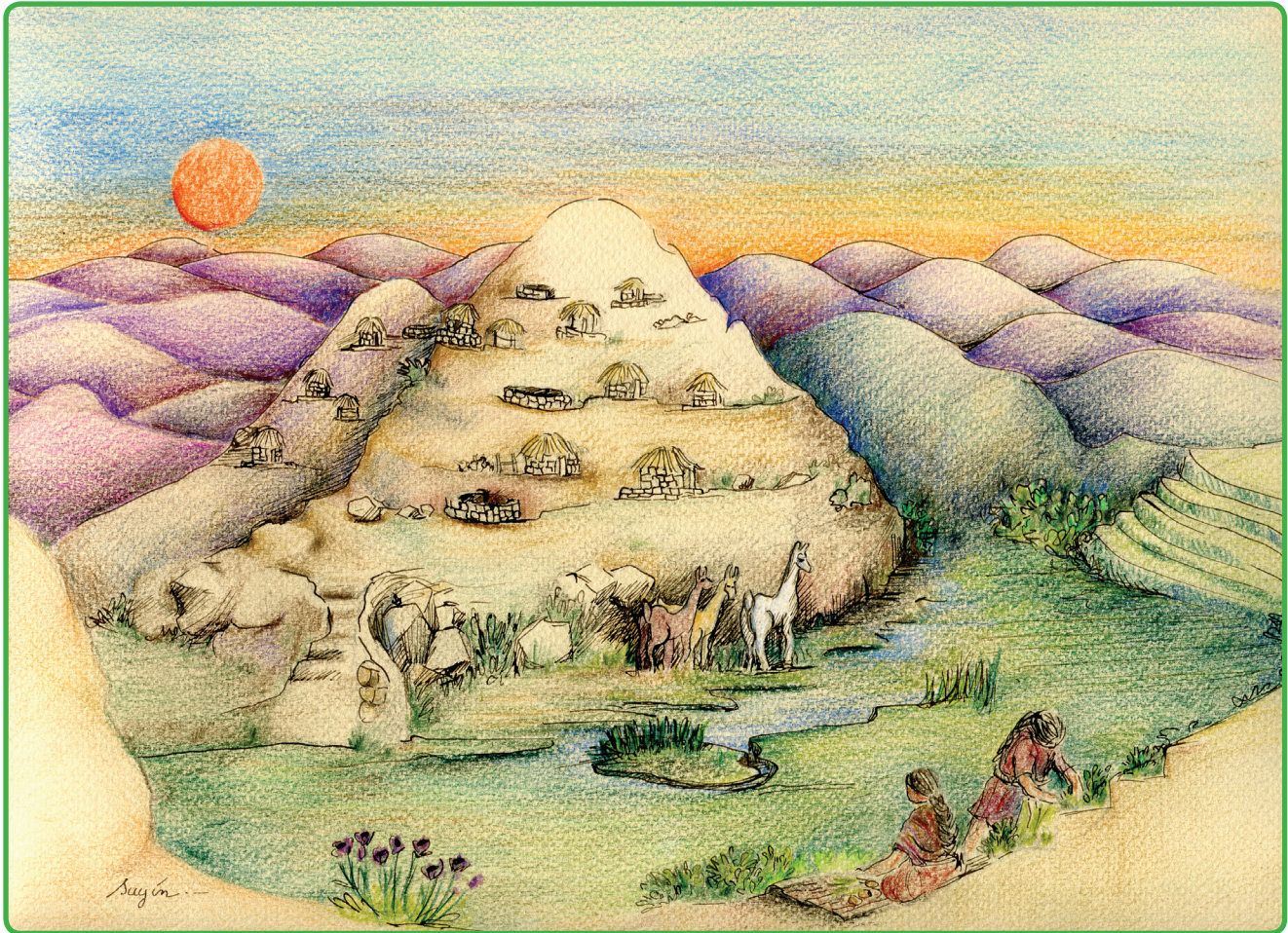
Impresión:
IMPRESORES Y EDITORES EMELNOR S.A.

Obra financiada por Centro de Investigaciones del Hombre en el Desierto (CIHDE) - CONICYT y CONICYT-PROGRAMA DE INVESTIGACIÓN ASOCIATIVA/Anillo "Cambios Sociales y Variabilidad Climática a Largo Plazo en el Desierto de Atacama" código SOC 1405.

Esta primera edición de 500 ejemplares se terminó de imprimir en el mes de Diciembre de 2015 en Arica, Chile.

DEDICATORIA

Este cuento va dedicado a todos los niños y niñas curiosos por la historia. Una historia llena de vida, de personajes anónimos, que como nosotros, transitan por los días y las noches de este maravilloso lugar. Está inspirado en las montañas de los Andes, en el sol del desierto, y en la vida que allí crece milagrosamente. Está inspirado en las caminatas solitarias, escuchando sólo el ruido de mis pasos y llenándome de la naturaleza. Está inspirado en la arqueología, una de las formas que tenemos para conocer el pasado. El cuento está pensado para que los papás y mamás lo lean a sus hijos antes de dormir. Ojalá que al despertar, también despierte en ellos el deseo de salir a pasear y conocer, y el aprecio y respeto por esas huellas y vestigios que dejaron niños y padres hace 500 años y mucho más.



Hace más de quinientos años, en un recóndito pueblo de la precordillera de lo que hoy es Arica y Parinacota, una madre y sus dos pequeños hijos se preparaban para dormir. Allí, sobre las faldas de un escarpado cerro estaba una aldea con pequeñas casas de piedra y paja. Era una fría noche de invierno y el fogón de la pequeña casa comenzaba a apagarse. ¿Qué mejor que un cuento para irse a dormir?



¡Mamá! Cuéntanos una historia antes de irnos a dormir... ¡por favor!

- Miré a mis hijos con cara de reproche, pero en realidad me encantaba que me pidieran un cuento antes de dormir –

Bueno, bueno, ¡pero mañana se tienen que levantar apenas brille el primer rayo del sol, para recoger la leña para el desayuno!

Sí mamá, ya sabemos- respondieron siguiendo una costumbre. Los tres sabíamos que en realidad nos encantaba este momento de la noche, y que siempre habría una historia que contar. Ya los vería mañana, con la energía característica de los niños, escalando los montes con la agilidad de los guanacos, para recoger un poco de queñoa, la mejor leña para hacer el fuego.

Sin más, y ante la ansiedad de mis oyentes, comencé a hablar...



Tenía unas ampollas gigantes en los pies. Mi padre parecía taciturno, a mi parecer con un único objetivo en mente: llegar a la costa. Por más que me dolieran los pies, también quería lo mismo. Estaba ansiosa. Había cumplido recién los 12 años y mi papá había prometido que a esa edad iba a poder hacer un viaje largo con él y conocer el mar. Muchas veces los peregrinos de mi pueblo lo habían descrito, con ojos perdidos como si lo estuvieran mirando: "*Grandes olas*" me decían "*vienen una y otra vez a chocar con la orilla*"... "*Entre esas aguas se esconden tesoros que nosotros rara vez podemos ver*"... ¿Pero qué eran las olas? ¿Qué magia podía hacer que una parte del agua se moviera de un lado al otro y reventara y chocara con las orillas?

Cuando vi la primera ampolla romper y salir el juguito entre mis chalas, sentí también el frío de la noche de la cordillera entrar a mis huesos. Mi papá acomodó las llamas amarrándolas en círculo y dejando a los dos llamitos más jóvenes protegidos en el interior. Nos asentamos en una paskana, un lugar de paso que él siempre ocupaba en sus viajes desde nuestro hogar en las montañas hacia la costa y viceversa. Las llamas estaban un poco cansadas de tanto trajín, lo podía notar en sus ojos que suelen ser amplios y brillantes. Ahora sus grandes pestañas caían como si fueran pesadas cortinas. Ellas se acurrucaron juntitas, y nosotros también. Íbamos sólo mi padre y yo. Mi mamá se había quedado con mi hermano menor, ocupada con los cultivos de quínoa y papa.

Mi padre me mandó a encender un fogón. Abrí los costales donde llevábamos algo de leña para esa noche y prender el tímido primer fuego, mientras mi padre sacaba un poco de charqui para comer. Casi ni habló, pero me miraba con ojos divertidos. Él sabía que yo estaba ansiosa y también sabía que mis anhelos conocerían pronto su recompensa.

Al terminar una jornada, mi padre sacaba la carga de las llamas y las amontonaba para hacer una especie de cama; además de esto pusimos una piel de guanaco para tendernos y nos cubrimos con las mantas que llevaban las llamas para acomodar la carga. Hacía mucho frío. Aunque estaba cansada miré las estrellas y me entretuve imaginando que la *Yakana* se escapaba de su lugar en la vía láctea para beber del mar y que su cría la perseguía brincando un poco torpe, chapoteando en las inmensas aguas como si fueran un charco. Abracé a mi papá para abrigarme aún más y sentí su ajada mano sobre la mía. Con ese sentimiento de protección me dormí al instante.

El amanecer llegó lento y hermoso. Mientras mi papá desamarraba las llamas, me mandó a recoger leña para el desayuno. Luego fuimos juntos a buscar agua a un pequeño arroyo, con ayuda de un cántaro de greda y una vejiga de guanaco. A medida que nos acercábamos a aquel riachuelo, el sonido alegre del agua y de las aves parecía una música de niños; por ratos incluso sentía que el arroyo tenía su propio lenguaje y se comunicaba con las aves, los montes y el sol. Los chincoles picoteaban las ramas de un árbol para sacar unos frutos pequeños, y mientras los comían de a poquito, se colgaban y movían su cabeza rápidamente de un lado a otro, en un gesto que me causaba mucha gracia. Después de llenar la vasija con agua, la cargué en mi espalda con ayuda de una cuerda colgada en mi frente, mientras papá se encargó de cargar la tripa de guanaco, para volver al lugar donde dormimos. Hicimos un fuego y comimos calatantas, papas chuño y una agüita de coca.

Mi padre y yo éramos parte de una especie de grupo dentro de mi pueblo. Los demás nos decían “*arrieros*”, porque trasladábamos cosas de un lado a otro en caravanas de llamas. A mí me gustaba pensarnos como los últimos aventureros. Como mujer, yo era una de las pocas que había podido pertenecer a este grupo. Las demás personas no lo veían muy bien, por los peligros que se corren al viajar tanto; pero mi madre, a quien yo admiraba profundamente, tenía una mente bastante diferente a las demás. Por eso, ella disfrutaba que yo pudiera viajar con mi papá...*para conocer otros mundos*, me decía.

Mi padre era un hombre bastante callado durante el día. Resulta que para él, el mismo viaje era un motivo, un fin en sí mismo. No solamente se trataba de trasladar cosas; también se abrían una serie de posibilidades, entre ellas la tranquilidad y sobre todo, el aparente silencio de las montañas y el desierto. No obstante, por las noches, se ponía parlanchín y le gustaba contar historias; historias de su padre, de sus abuelos, y a veces de los *achachilas*, ancestros que existieron hace tanto tiempo que se llegaron a convertir en montañas y cerros, para cuidarnos siempre. Una de las historias que más disfrutaba era la más antigua, aquella que explicaba que mucho antes de que aprendiéramos a cultivar las plantas sobre los cerros, la gente no vivía siempre en un mismo lugar, sino que se viajaba continuamente para poder subsistir.

Nosotros los caravaneros éramos una especie de continuadores de esta tradición de viajar para vivir, y de hecho, a veces hasta ocupábamos los mismos lugares de descanso que esos ancestros.

Después de un desayuno bastante contundente continuamos nuestra caminata junto a las llamas. Nuestra carga consistía en productos de la tierra: papas, ají y quínoa; y también charqui de llama y de alpaca. Estos eran los productos más comunes que intercambiábamos con gente de la costa, pero también llevábamos cosas que nuestros pueblos habían conseguido de viajeros de muy lejano: hojas de coca, sal del Altiplano, y desde la selva, plantas y plumas de coloridas aves. En este primer viaje que me tocó hacer, mi padre y yo transportábamos algo muy particular: un loro; bastante hablador por lo demás.

El segundo día de viaje resultó más rápido. Mis piernas y pies cansados parecían haberse acostumbrado a la caminata. Se notaba que mi papá iba un poco más lento que de costumbre, para que no me cansara. Además, estábamos entrando en terrenos desconocidos. El paisaje cambiaba, se hacía más seco y con menos vegetación, aparentemente abandonado. Sin embargo, mi padre conocía todos los recovecos de este desierto y sabía perfectamente dónde ubicar el agua y los lugares de descanso. Así, observando los cerros, él encontró un pequeño arroyo. Las llamitas apuraron el tranco, parecían contentas con el sonido y la frescura que emanaba del agua y también con el aroma del pasto que la circundaba.

Lo primero que hicimos al llegar, fue acomodar nuestro campamento en un refugio de rocas que nacía desde la ladera del cerro. La naturaleza brindaba entonces un techo, mientras otros viajeros habían puesto piedras alrededor de la entrada de la cueva para mayor protección del frío. Y no solamente eso. Para mi completo asombro, alguien había pintado unas llamas muy bonitas en el fondo de este alero. Era como si esa persona hubiera querido contar un cuento eterno para todos los viajeros de estos senderos que atraviesan desde los montes al mar.

Al atardecer, y desde aquel refugio, se podía observar a lo lejos la ubicación de nuestro hogar. Yo lo podía distinguir apenas por las grandes montañas nevadas que están hacia el lugar donde nace el sol; mi padre quizás también podía percibir el canto nocturno de mi mamá, pues parecía empeñado en oír el viento. O al menos eso imaginé yo.

Llegó el alba del tercer y penúltimo día de viaje. Alcé la vista y el espectáculo era maravilloso. Lo que en el ocaso de ayer eran siluetas oscuras de los montes nevados eran hoy la majestuosa



cordillera enaltecida por los primeros rayos del sol. En los cerros más cercanos, una tropa de guanacos quietos como estatuas parecía hacer una reverencia silenciosa al amanecer. Todos los pastos alrededor conservaban aún el hielo de lo más frío de la noche. Un zorrillo solitario cruzó sigiloso siguiendo una ruta al borde del cerro, con ojos decididos y el ceño fruncido. Me imaginé que estaba enojado después de una cacería nocturna infructuosa.

Mi padre ya se había levantado, pues tenía que preparar la carga de las llamas para la última y más empinada bajada hacia los valles de la costa. Luego de lavarnos en el arroyo y de que las llamitas tomaran agua, continuamos el viaje. Ahora recuerdo que ese día ni siquiera sentí dolor o cansancio, pues mi mente iba todo el tiempo pensando cómo sería el mar y los animales que vivían en él.

El sendero era estrecho y en bajada. Nos costaba mantener el rebaño en el camino y muchas veces tropecé y casi caí por la ladera. La tierra estaba tan seca que cada paso de nuestra pequeña caravana levantaba una polvareda, anunciando nuestra llegada a los observadores camuflados del desierto: lagartijas, ratones, águilas y halcones. A lo lejos, en la otra margen de la quebrada, divisé a un grupo de tres hombres. *"Son hombres de la costa hija. Suben hasta estos lugares para buscar buenas rocas y crear sus cuchillos y flechas"*. Fueron los primeros seres humanos que vimos en nuestro camino; aunque estos senderos son surcados por muchos caminantes, con orígenes y motivaciones muy diferentes.

Continuamos caminando. Los cerros, que cerca de nuestra aldea están cubiertos de rocas, matorrales y bosques, que despiertan de verde con la lluvia del verano, aquí eran solamente arena, como si alguien los hubiera desnudado. El único sonido además de nuestro andar era el del viento, lo que contrastaba con el ajetreo usual de nuestro pueblo, lleno de gente ocupada todo el día en las labores de siembra o cosecha, cocinando, haciendo cántaros de greda y joyas. Si cerraba los ojos, podía oírlo: a mi madre cantando en la chacra, a mi hermanito correteando detrás de las aves, y más tarde a la gente prendiendo los fogones dentro de sus casas para apagar el frío y encender una conversación. Tan sumida estaba en mis pensamientos que cuando habló el loro parlanchín llegué a saltar del susto. Quizás él sintió entonces lo mismo que yo. Luego de caminar incansablemente el desierto seguía implacable, pero ahora el viento no solamente traía recuerdos, sino que también aromas.



¿Qué es ese olor papá? – le pregunté curiosa. Mi taya me puso sobre sus hombros y me mostró a lo lejos con su mano. ¿Ves ese manchón verde allá abajo, hija? – asentí con la cabeza – Ese es el valle de Zapa. Ya estamos llegando. En este lugar, una gran apacheta marcaba el fin de la pampa y comienzo del valle. La apacheta era un gran montículo de rocas, sobre el cual hicimos una ofrenda. Mi papá y yo buscamos unas piedras, nos frotamos con ellas para perder el cansancio y cerramos los ojos para pedirle a la Pachamama un buen fin del viaje.

Un poco antes de que el sol se empezara a esconder, ya estábamos caminando por el valle. Al medio, un gran río, adornado por tantas plantas como yo jamás había visto y con árboles más grandes que las queñoas. Entonces, a lo lejos, escuché un murmullo de gente muy parecido al ajetreo de nuestro pueblo ¡Era una aldea! Allí mi padre habló con unos señores que se vestían distinto, con prendas de muchos colores, y que hablaban nuestro idioma pero con un acento un tanto extraño.

Aquellos señores nos dejaron pasar y mi padre cambió el lorito y la comida por varios vegetales que solamente crecen cerca de la costa, como las calabazas y los zapallos. Al entrar un poco más en aquel pueblo, los ojos de mi padre se llenaron de lágrimas y apuró el paso para abrazar fuertemente a un hombre, que a mí me parecía haber visto antes. Era su hermano, mi tío, que hace varios años había migrado a este valle y formado una familia. Yo lo recordaba pues un tiempo atrás él había venido hasta nuestra aldea. El anochecer fue recibido con el calor del fuego y la alegría del reencuentro, celebrado con música, chicha de molle y una gran comilona. Estaba tan cansada del viaje, que casi me quedé dormida inmediatamente abrazada a mi papá, medio soñando con todos los paisajes que había visto y los que iban a venir.

A la madrugada siguiente mi papá me despertó muy temprano para comenzar el último trayecto: *Dejemos las llamitas en uno de sus corrales... Así avanzaremos más rápido para llegar al mar* - me dijo sonriendo. Entonces tuvimos que llevar uno de los bienes más preciados en una chuspa: se trataba de nuestras joyas de cobre, hechas por uno de nuestros vecinos, y que estaban destinadas a unas personas que vivían justo mirando el mar.

Avanzamos raudamente por el valle de Zapa cuando aún no había amanecido. A medida que amanecía percibí enormes figuras que nos observaban inmóviles desde los cerros. Primero

me asustaron pues nunca había visto seres tan grandes. Mi papá se dio cuenta y me explicó. Esos gigantes eran figuras dibujadas con piedras en las laderas de este valle, y estaban puestos ahí para guiar los viajes de todos los peregrinos que se dirigían al mar.

En este punto mi padre comenzó a subir un cerro, mi respiración estaba agitada y pensaba que él me estaba jugando una mala broma ¡Para qué volver a subir a una pampa si teníamos que llegar al mar! Yo sabía que yendo derecho por el valle se llegaba a la costa, pero él me tenía preparada una sorpresa. Un rato más tarde, un fuerte aroma a sal y humedad llegó a mí. Corrí rápido hasta el borde de una escarpada colina...y ahí estaba: inmensa, azul, quieta y móvil a la vez, tal como es la vida misma: la *Mama Cocha*...el Mar. Mi corazón hizo una celebración con sus apurados latidos, que llevaron, a su vez, unas lágrimas a mis ojos. Desde la altura se veían también unas pequeñas balsas surcando caminos invisibles, y unos hombrecitos lanzando armas filudas hacia el agua para cazar enormes peces.

"Hija – dijo mi padre- Así como ves las pequeñas balsas y las olas en el mar, debes intentar de ver los acontecimientos de tu vida, verlos pasar desde arriba, para poder entenderlos".

En ese momento no sopesé sus palabras, pero extrañamente quedaron en mi mente hasta el día de hoy. Salí corriendo por la ladera, dando algunos tropezones entremedio, hasta llegar a la orilla del mar. Él venía atrás mío, riéndose. Y también parecían hacerlo unas aves llamadas gaviotas. Las olas se veían mucho más grandes desde aquí, así que mi impulso por zambullirme se frenó. La visión de la inmensidad del mar desde cerca no era menos emocionante que desde arriba del cerro. Mis pies tocaron el agua helada y sintieron el pausado pero estruendoso ir y venir de las olas. No pude aguantar más y me hundí. Y así fue como este gran y misterioso hogar de agua, la madre de todas las aguas, me recibió en sus brazos silenciosos por primera vez. Y en un tiempo más, los recibiré a ustedes...si me quieren acompañar.



Glosario

Queñoa (quechua): Árbol nativo de los altos Andes, de tronco y ramas retorcidas y nudosas, de corteza rojiza. En la zona de precordillera crece una especie de mayor porte, mientras que en el Altiplano crece la especie más achatada a causa del inclemente clima. Por la buena calidad de su madera fue utilizada, desde tiempos inmemoriales, tanto para la construcción de habitaciones (casas), como para hacer fuego. Su corteza se ha utilizado con fines medicinales, para teñir tejidos de lana o fibra de camélido (llamas o alpacas) y para artesanías. Debido a que está en peligro de extinción, por explotación no controlada para su consumo como combustible en la minería y las ciudades, hasta mitad del siglo veinte, la queñoa es una de las especies vulnerables del país y por lo tanto protegida por Ley.

Paskana (quechua): Lugar de descanso en los senderos de caravaneros y pastores de los Andes. Consiste en pequeñas habitaciones, una cueva cerrada con un muro pircado de piedra, o simplemente a cielo abierto. Era una especie de segunda casa, donde se dejaban cosas guardadas para las próximas pasadas por el lugar, en tránsito desde o hacia el Altiplano.

Charqui (quechua): Una de las varias tecnologías andinas para la conservación y transporte de alimentos, que en este caso corresponde a la preparación de carne a través de secado y salado. Se ha utilizado para tratar carne de camélido o de pescado y fue especialmente usada para viajes largos, como los que realizaban los caravaneros desde y hacia los altos Andes. También en épocas prehispánicas, el charqui fue un importante elemento del intercambio entre grupos de la costa y de las tierras altas.

La Yakana (quechua): Según la mitología andina la constelación de la Yakana es un espacio interestelar formado en el centro de lo que hoy conocemos como Vía Láctea. En el mapa del cielo nocturno, la Vía Láctea es vista como un río de estrellas llamada mayu, en el que se reconocen espacios habitados por animales mitológicos, entre los que destaca una llama (la Yakana) y su cría, rodeada por un zorro, una serpiente, un sapo y una perdiz. Cuenta el mito, que la Yakana sale de su lugar en la Vía Láctea, para beber agua del mar y entregar abundancia y prosperidad a los humanos.

Calatanta (aymara): tortilla o pan aplastado, cocinado sobre piedras calientes. Tradicionalmente hecha de maíz molido, aunque actualmente se elabora también con harina de trigo.

Achachila (aymara): Espíritu de los antepasados (los abuelos), que habitan en los cerros y montañas y desde allí protegen a los pueblos. Hay grandes achachilas representados por grandes montañas. Ellos cuidan a muchos seres humanos y extensos territorios. Hay otros más pequeños que protegen a una comunidad en particular.

Terrazas o andenerías de cultivo: Ingeniosa y milenaria invención tecnológica andina, adaptada a la escarpada geografía de los Andes, para el cultivo de plantas. Su construcción significó gran esfuerzo comunitario, para modificar las abruptas laderas de valles y quebradas con la fuerza humana, sólo ayudada con palas. Las terrazas son como grandes escalones que han transformado y le dan un sello característico a los valles andinos. Necesitan ser regadas con canales que mueven agua a través de largas distancias, desde vertientes o ríos a mayor altitud. Este sistema permitió que varios pueblos pudieran cultivar en zonas donde el terreno no era plano.

Cuchillos y flechas de piedra: En tiempos arcaicos, hace miles de años, no se había descubierto aún el metal. Así, para cazar animales, hacer collares, tallar madera, y muchas otras actividades cotidianas, se ocupaban las piedras. Se buscaban piedras especiales y se tallaban de diferentes formas. Una de estas formas eran los cuchillos y las puntas de lanzas y de arpones. Tiempo después, se creó el arco y la flecha. Las puntas de las flechas también estaban hechas de piedra, incluso cuando ya se había descubierto el metal en los Andes.

Pachamama (aymara): Divinidad andina que representa a la tierra y a la naturaleza en su totalidad. Ella posibilita la vida y da la fertilidad, también otorga ayuda y protección a los seres humanos. Por esto, es considerada como una madre. En retribución, las comunidades le hacen ofrendas, como hojas de coca, conchas marinas y licor.

Apacheta (quechua): Acumulaciones piramidales de piedras y otros objetos (i.e. botellas) de distintos tamaños, que se acumulaban a través del tiempo y pueden alcanzar varios metros de altura. Las apachetas son puntos sagrados a la vera de caminos y senderos recorridos por pastores, caravaneros y otros caminantes que viajan desde, hacia y a través de los Andes. En estos puntos, se agradece a la Pachamama por el camino recorrido, se ruega por los que quedaron atrás en casa, se pide ayuda para aliviar el cansancio y obtener fuerzas renovadas para seguir y llegar con éxito a destino. La manera como el peregrino venera y realiza esta rogativa a la Pachamama es dejando o arrojando, respetuosamente, una piedra sobre el montículo. Así, se han

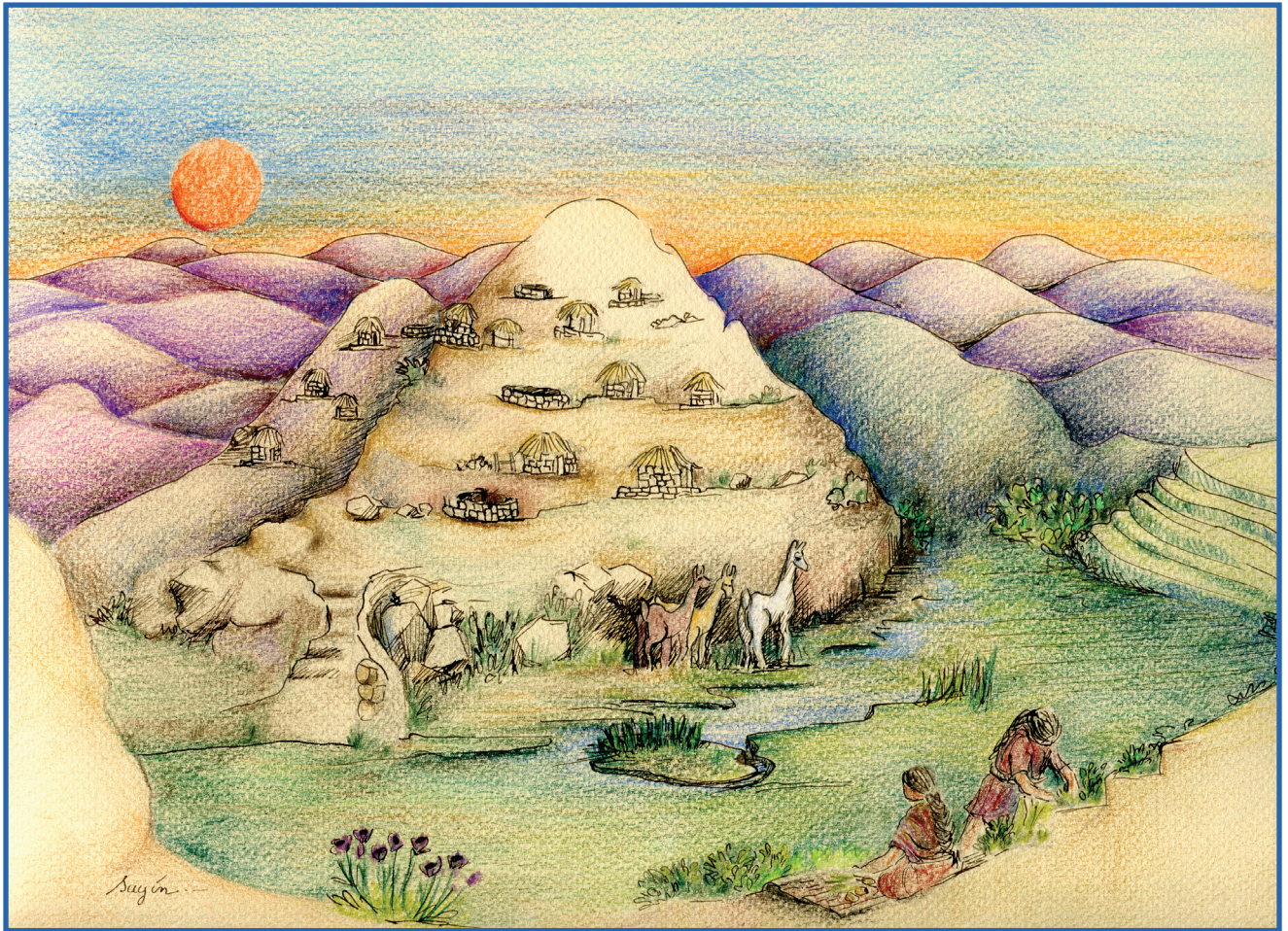
ido amontonando piedras hasta formar grandes apachetas. Éstas, se ubican puntos donde el paisaje cambia abruptamente, como por ejemplo el paso o entrada a una pampa desde una quebrada. De esta forma, cuando vemos hoy una apacheta, sabemos que cada una de esas piedras fue la oración votiva de un viajero, un deseo de poder llegar sano y salvo.

Chuspa (quechua): Bolsa pequeña de forma rectangular a trapezoidal, tejida a telar de lana o fibra de camélido. De uso ceremonial, ya fuera como ofrenda en las tumbas prehispánicas o para contener hojas de coca. Se portaba cruzada o colgando del cuello. Los diseños decorativos de las chuspas varían según la época en la que se hicieron. Durante la época de este cuento, las chuspas tenían diseños de listas que combinaban colores claros y brillantes como café, anaranjado, amarillo y rojo, reflejo de una forma de ver el mundo y no una simple decoración.

Mama Cocha (quechua): Es la divinidad andina que representa a todas las aguas: el mar, los lagos, los ríos y la lluvia. Al igual que la Pachamama era y es considerada una madre. Mama Cocha brinda además protección contra los maremotos y marejadas y otorga fertilidad para la pesca.

Para saber más:

- www.cihde.cl/ari_pari/
- www.uta.cl/masma
- www.precolombino.cl
- www.educarchile.cl/
- www.losprecolombinos.cl/wp/inicio/



EL PRIMER VIAJE

Caminando por los Senderos del Desierto

Paula Ugalde Vásquez

ISBN: 978-956-362-198-3

